

siempre pura, santa é inmaculada, á la cual volvemos nuestras miradas, como á estrella de salvacion. Si ¡oh hermosa Madre de Dios y de los hombres, dulce María! confiamos especialmente en Ti despues de tu Hijo Jesucristo; en Ti, que eres la dispensadora de las gracias del Cielo: en Ti reposamos, seguros de que nos conducirás á Dios, nos socorrerás y protegerás en los dias de la tribulacion y del infortunio, y benigna y amorosa consolarás nuestra pusilanimidad, para que no nos abata nuestro enemigo, sinó que, venciéndo-le ahora y siempre, podamos un dia tocar al puerto de la eterna salvacion. ASI SEA.

DIA TERCERO.

LOS PADRES.

Semen eorum et gloria eorum non derelinquetur.

Su linaje y su gloria no perecerán nunca.

(ECCLES. XLIV, 13.)

Del mismo modo que Dios crió los cielos y la tierra para que manifestasen al hombre su poder, su sabiduría y su gloria, así formó el hombre á su imagen y semejanza, dotóle de entendimiento para conocer, y de voluntad para amar, á fin de que á medida que se dilatase su conocimiento, afirmándose cada vez más en la virtud, fuese objeto tiernísimo de su amor infinito, y como jardin de sus delicias y complacencias (1). Ved, sinó, lo que pasó en el Paraíso terrenal mientras reinó allí la santa inocencia. ¡Ah! no solamente Adán y Eva fueron felices en la plena abundancia de cuanto hubiese sabido, ó podido desear su corazón, rodeados de maravillas siempre nuevas, brillando cada vez con una nueva y mucho más sublime magnificencia, y con pleno dominio sobre las aves del cielo, los peces

(1) PROVERB. VIII, 31

del mar, las fieras del bosque y todas las demás criaturas; pero lo que era infinitamente más admirable, Dios mismo, como enamorado de su obra, descendía á conversar misteriosamente con ellos, y los embriagaba con altísimas revelaciones, y les hacía partícipes, cuanto era posible, acá abajo, de su inmortal é inefable divinidad. ¡Oh Adán! oh Eva! ¡Por qué pecasteis, porque ensuciando de lodo la cándida estola de que os había revestido, obligasteis al Criador á alejarse de vosotros, y ocultaros su faz? ¡Desgraciados! Con vuestra conducta nos privasteis el gustar de una vida de amor, que lengua alguna angélica, y mucho ménos humana, sabrían describir con ninguna clase de imágenes; vida totalmente celestial, vida purísima de Paraíso! ¡Podemos dudar de ello, hermanos míos, cuando al presente, á pesar de estar llenos de innumerables imperfecciones, y de llevar todo acto de nuestra vida, por decirlo así, la semejanza del pecado, sin embargo, un solo acto virtuoso es tan agradable y acepto al Señor, que en seguida nos abre con benigno semblante los tesoros de la misericordia y de su amor? ¡Oh bella virtud! sin duda tu origen es celestial y no terreno, cuando el Criador se complace tanto en tí! Y aquí me es grato, hermanos míos, presentaros, en prueba de ello, á los dichosos padres de María, destinados á la altísima dignidad y al sublime oficio de recibir como hija y dirigir con sus cuidados á aquella, que había de ser Madre de Dios. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Sin duda que ayer os sentisteis conmovidos de profunda y dulce piedad, admirando la expectación ardentísima, en que estaba el mundo á la aparición de Aquella, que había sido prometida como aurora de la salvacion para el prevaricador género humano, y de quien había de nacer el esperado de las naciones. Os enternecisteis á la vista de las agitaciones y deliquios que experimentaba, fatigado de sufrir por tan largo tiempo. Por cuyo motivo, cual mujer cercana al parto, conjuraba á los adivinos, interrogaba á los ancianos, desenterraba de todas partes antiguas leyendas, y consultaba antiquísimas tradiciones, no tan sólo las del pueblo Hebreo, sino también las fabulosas y paganas de las varias Sibilas; en fin, toda clase de documentos, en los cuales sospechaba que podría hallar algun rayo de revelacion. En una palabra, parecía que el mundo no podía, como en efecto no hubiera podido, vivir por más tiempo, sin volver á la gracia de su Dios. Y Dios resolvió, finalmente, enviar á la tierra á Aquella, que por tantos siglos, en remotísimo porvenir, había sido vislumbra-
brada, junto con el germen divino de su seno, por todos los viden-

tes de la Judea, y vista, en algun modo, por todas las generaciones pasadas. ¡Oh! sí; venid naciones, pueblos, tribus, de todo clima, de todo culto y nacion; venid á admirar la fidelidad de las promesas del Señor! El prometió, que no se perdería la obra de sus manos, y una vez dada condigna satisfaccion á su justicia, renovaría al hombre con una segunda creacion, y le devolvería la vida de la gracia; y pasado el tiempo fijado en sus eternos decretos, miéntras la tierra palpítara de terror á la vista de los terribles trastornos causados por el pecado que ocultaba en su seno, El cumpliría su inefable palabra de perdon y misericordia! ¡Oh, Dios mio! tu bondad es grande, é infinita tu misericordia (1)! ¡Ojalá estuviéramos tan prontos en dar satisfaccion á tu justicia, siempre que tenemos la desgracia de ofenderte, como somos acogidos por Ti con fácil piedad! Entónces hallaríamos aquí mismo la vida, donde otros pensarían hallar la muerte.

Oid, hermanos míos, de que manera, enteramente misteriosa y admirable, se apresura la obra de la humana Redencion! Ved á Israel, á aquel Israel, en otro tiempo tan resplandeciente de gloria á la vista de todo el mundo, caído á tal grado de vileza, que era el oprobio de las naciones. Corrompido y degradado hallábase su sacerdocio, hasta el punto de causar repugnancia al Cielo; bien que tuviera en su poder los misteriosos sellos de la elevada profecía de salvacion, que ya no comprendían: estaban mudas las fatídicas arpas, cuyos acordes alegraban en otro tiempo los valles de Sion, y las pendientes del Ermon, del Libano y del Carmelo; y parecía á una viña vendimiada por el granizo en el dia de la ira del Señor (2). Pues, caído irreparablemente en manos extrañas, á quien había pasado el cetro del poder y de la gloria que había heredado de Jacob, miradle; ya no le queda huella alguna de su esplendísimas gloria como pueblo de Dios. Verdad es, que aún conserva la palabra de la divina promesa; pero no experimenta ya sus efectos, que por tantos siglos alimentaron su vida; y abandonado á todos los vicios de las naciones extranjeras, sueña todavía en no sé qué reorganizacion de su fuerza militar, que ahuyente á las águilas romanas. ¡Contemplad el dolor con que los ancianos, en los cuales brilla todavía un rayo de fé de Israel, bajan á la tumba, apesadumbrados é inconsolables por ver casi perdida la heredad del Señor! ¡Oid las tristes palabras con que se despiden de sus amados hijos, que, con lágrimas en los ojos, rodean su lecho! ¡Oh! si algun dia llegais á ver á nuestro tan suspirado

(1) Praec; liturg. *Deus cujus misericordiae non est numerus*, etc.

(2) JEREM *Lament.* 1, 12.

Mesías, decidle que hemos esperado en Él; y que nos consolamos con la esperanza de verle el dia de su triunfo. Con cuyas palabras, saludando por última vez el porvenir, cerraban los ojos, pasando al lugar de la expectacion de ultra tumba.

¿Quién, pues, direis vosotros, hizo tal fuerza al corazon de Dios, para que no retardase por más tiempo la Redencion prometida? ¿Sabéis quién, hermanos míos? las pocas almas buenas que, como he dicho, había aún y rogaban. Ciertamente que su número era harto reducido; pero esto mismo era indicio de que no estaba lejos el dia de la Redencion, pues, como ellos vivían y oraban con verdadera fé, no podía tardar en comparecer la misericordia sobre la tierra, á ménos que hubiese debido perecer el mundo. Sus oraciones eran inspiradas por Aquel mismo que había inspirado ya la profecía; que había inspirado la profecía para mostrar la Redencion de lejos; y que inspiraba la oracion para que descendiendo del cielo salvase al hombre. Si; la oracion obró este grande milagro; la oracion de pocas almas, verdaderamente justas y santas, á que se había reducido el verdadero Israel. ¡Ah! el que ruega á Dios, ó le ha rogado de corazon alguna vez, y sabe en qué consiste la oracion, comprenderá cuanto digo: la criatura que humilde ruega de veras, siente que se eleva de la tierra hasta á la divinidad; entra en una misteriosa comunicacion con ella, y no duda que bien pronto será escuchada, porque Dios la hace orar, precisamente, porque quiere consolarla. Así, pues, aquellos pocos pobres Israelitas que oraban, eran las almas más escogidas que existían entónces en el mundo, por más que el mundo no se acordase de ellas. Y entre ellas se hallaban los últimos descendientes de la casa de David, llamados Joaquin y Ana: Joaquin, de la tribu de Judá, y de la estirpe de David, por medio de Natan; y Ana, á la cual él había tomado por esposa, de la tribu sacerdotal, y cuyo nombre, en la lengua hebrea, significaba *graciosa*. Ambos vivían en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea á poca distancia del monte Carmelo; pero la incomprendible Providencia había dispuesto que no tuvieran hijos, por más que los hubiesen por largo tiempo deseado, creyéndose en aquellos dias, que el tener hijos era, como es en realidad, una bendicion del Cielo. De manera, que toda su vida santísima, reduciase á la oracion y á la piedad para bien disponerse á la muerte. Y en verdad, hermanos míos; ¿hay, acaso, ni puede haber sabiduría superior á la que nos hace pensar en nuestro último fin, que empezará con la muerte, especialmente, cuando, desvanecidas todas las ilusiones de esta miserable y dolorosa vida, sólo tenemos delante la tumba y la eternidad? ¡La eternidad! queramos, ó no, hace estreme-

cer todo el cuerpo, y hasta la temieron los Santos acrisolados con severísimas penitencias. Y nosotros, insensatos y delirantes, ¿pensaremos tan sólo en placeres, en acumular riquezas, en recoger vanidades y miserables satisfacciones de un instante; en conseguir honores fugaces, y en dominar con orgullo á nuestros hermanos, como si no fuesen tales, sinó más bien una casta degradada é indigna de nuestro amor? ¡Ah! recordemos que por la muerte somos iguales ante Dios; pero, que nuestra suerte será desigual, segun las obras buenas ó malas que nos acompañarán á la otra vida.

Y reanudando aquí el hilo de nuestra historia, ¿qué os diré del afecto con que se amaban Joaquin y Ana, estudiando adivinar el uno el génio del otro, y compadecerse recíprocamente, á fin de no darse el más mínimo disgusto, y formar siempre en Dios un solo espíritu y un solo corazón? Bastará citar un solo hecho para mostraros hasta donde llegaría su virtud, que quisiera ver imitada por cuantos están ligados en matrimonio, ya que es tan raro hallarla entre las familias cristianas. A causa de la dureza de corazón de los hijos de Israel, Dios había consentido, que pudiesen dar el libelo de divorcio á las mujeres estériles; es decir, que pudieran separarse de ellas, y unirse á otras. De modo, que Joaquin, en virtud de este consentimiento, podía separarse de la estéril Ana, y si tal hubiera sido su voluntad, dar la mano á otra mujer. Pero ¿qué digo? Léjos de pensar en esto, amábala tan tiernamente, que habría dado mil veces la vida por ella; porque, cuando la tomó por esposa, no se dejó llevar del interés, ni de ninguna apariencia vana, sinó de la modestia, de la honestidad y todas las demás virtudes que en ella resplandecían admirablemente, y de las cuales tomó color y forma la misma belleza corporal; pues, faltando aquéllas, ésta es tan sólo una ilusion momentánea, que se convierte, frecuentemente, en motivos de innumerables desgracias. De aquí proviene en nuestros tristísimos tiempos, en los cuales sólo se fija la atención en las exterioridades, en el trato afable, en el crecido dote que la mujer lleva consigo, y en la nobleza y riqueza de la familia; de aquí proviene, digo, el que con tanta frecuencia sea de tan poca duración la amistad conyugal, no obstante la santidad y la divina indisolubilidad del matrimonio. Joaquin amaba á su esposa Ana con un amor puro y santo: amaba su dulzura y mansedumbre singulares, su tierna piedad y su religioso porte; su prevision y su prudencia en el gobierno de la casa; su génio conciliador y su amistad para con el vecino, y lo ejemplar de su vida: virtudes todas á

(1) MATTH. XIX, 8: *Ad duritiam cordis vestri... ab initio autem non fuit.*

cuyos ojos sobresalla tanto, que á pesar de su esterilidad, siempre la honró plenamente; y tanto se amaban el uno al otro, que nada les faltó para ser felices.

Y notad, hermanos míos, que en dicho tiempo había llegado á tal punto la pobreza de la descendencia de David, que debían mantenerse con el honroso trabajo de sus manos. Si, hermanos míos; Joaquin, este hombre venerable, este gran patriarca del antiguo Testamento, aunque de régia estirpe, se honraba con el trabajo, cultivando con diligente industria, segun venerables y antiguas tradiciones que se nos han legado, algunos de sus campos, heredados de sus mayores, y considerando su medianía de fortuna como el más feliz estado que hubiese podido hallar sobre la tierra. Antiguos sábios confirman lo mismo: y el que observe á fondo este estado, verá que no se equivocaron. Devotísimo, además, de la ley mosaica, sobre todos los hijos de Israel, se trasladaba puntualmente al Templo de Jerusalem con su consorte y parientes, en todas las fiestas solemnes de su nación, donde asistiendo piadosamente al grande sacrificio, y adorando la majestad divina, daba las debidas acciones de gracias al Altísimo por los beneficios recibidos; pues, en aquellos tiempos, el sentimiento de gratitud hácia á Dios, de quien dimana todo bien de naturaleza y de gracia, era tan vivísimo en todos aquellos que conservaban pura en el corazón la fé de Israel, que el faltar á ella hubiera sido un delito que nadie hubiese osado ni aún concebir. Este acto de religion se cumplía con grandísima solemnidad y reverencia. Hé ahí en qué consistía. Reunido el pueblo en el Templo, el sacerdote entonaba la oracion llamada Kadisch, diciendo: «¡Oh, Dios! sea tu nombre glorificado y santificado en este mundo, que criaste segun tu beneplácito. Haz que llegue tu reinado, florezca la Redencion y nazca pronto el Mesías.» Y el pueblo respondía á coro: ¡Amen! así sea! Y esta oracion, elevándose como nube olorosa hácia la presencia de Dios, abreviaba el tiempo de la prueba y apresuraba el de la Redencion prometida.

Terminados el sacrificio y la oracion, Joaquin y Ana, con los demás del pueblo piadoso, regresaban á su propio país, donde emprendían, nuevamente, sus cuidados y trabajos tan queridos, dedicándose Ana á coser é hilar: ámbos cónyuges eran felices, amándose recíprocamente con ternura, y estaban alegres por la sencillez de sus virtuosas ocupaciones. Y es grato recordar aquí, para nuestro ejemplo, que en aquellas tierras de severas y sencillas costumbres, las mujeres, aún las de condicion civil, no se desdeñaban de los trabajos manuales;

(1) *Basnago*, tom. v.

muy al contrario, las primeras, es decir, las mujeres de los mismos patriarcas que regían las tribus y los pueblos, atendían con toda la diligencia y solicitud posibles á los quehaceres de la casa, hasta los más pequeños y minuciosos; y así las familias prosperaban felizmente, creciendo cada día más con toda suerte de bendiciones celestiales y temporales. Ahora ¡ay de mí! se pierde miserablemente el tiempo en lecturas inútiles, que corrompen el entendimiento y el corazón, ó en distraer los dedos para las dulces armonías del arpa y del piano, no ya como modesto ornamento de virtud, sino con olvido de todo otro serio pensamiento de la vida; en el lujo, las modas y bailes, que quiera Dios no pongan en grave peligro de perder la inocencia; y en tales vanidades y bagatelas, con las cuales va, cuando ménos, entibiándose, poco á poco, el fervor, la integridad de la virtud y el decoro de la vida. ¡Oh, padres! ¡ay! ¿qué haceis? ¡Oh nuevos esposos, destinados á aumentar con nuevos retoños la sociedad y la Iglesia de Jesucristo! ¿es así como entendéis la sublime misión que os habeis impuesto?

Además de tan útiles y modestas ocupaciones, los dos venerables y santos esposos acostumbraban repartir sus alimentos á los pobres, que en aquellos días eran considerados como cosa verdaderamente sagrada; creyéndose, piadosamente, que debajo de aquellas formas, que un día serían las formas del Hijo de Dios, se ocultaban con frecuencia los Angeles del cielo (1). Y por esto el dar hospitalidad era considerado en el pueblo de Israel como un acto religioso, y delito grave y execrable no cumplirla, molestar á los indigentes, y violentarlos. ¡Religion veneranda, confirmada por Jesucristo, indicándonos en los pobres, no ya á los Angeles, sino á su divina persona, diciendo: «Cuanto hiciereis á uno de estos pequeñuelos, á mí lo hareis (2)». Y en otra parte: «En el día del juicio diré á los impíos: andad al fuego eterno, porque tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; iba desnudo, y no me vestisteis; enfermo estaba, y no me visitasteis.—Y ellos responderán: ¡Señor ¿y cuándo te vimos en semejante estado?—Cuando visteis á los pobres, que ocupaban en la tierra el lugar mio, y vosotros no les tuvisteis ninguna estimacion (3)». Reprensiones que no tocaron por cierto á Joaquin y Ana, pues, nunca dió el caso que negasen al infeliz el pan ó el socorro, á lo ménos de palabras compasivas; especialmente Ana, que era, entre las buenas, una de aquellas excelentes

(1) Valverde, y Ribadeneira: *Vidas de los Santos*.

(2) MATTH. XXV, 40.

(3) IDEM. *ibid.* 41 y siguientes.

mujeres, que por la ternura de su corazón saben rendirse, ó más bien, son madres de todos los infelices. Por cuya exquisita caridad de su corazón, refieren antiguas tradiciones, que la llamaban la buena Ana; y en su tribu se formó la creencia general de que en premio á tanta virtud, obtendría, finalmente, del Cielo, fruto de bendición (1); lo cual se verificó, concibiendo en la plenitud de los tiempos, y dando á luz una hija, que con sólo verla, cuantos la vieron, sentían y pronosticaban que sería algún portento, alegrando así el corazón de Ana con una conmoción extraordinaria.

Tan cierto es, hermanos míos, que las oraciones de los humildes son bendiciones de Dios; y más se alcanza con una obra de caridad, que con el fraude, el interés, los trastornos y todos los demás artes malignos de los hijos del siglo. Añadid el inefable consuelo que experimenta el corazón en obrar bien, y, finalmente, la alegría que inundará el alma en la hora de la muerte, del que en aquel momento pueda decir consigo mismo: Gracias ¡Dios mio! no he hecho mal á nadie, y he hecho bien á todos, cuanto me ha sido dable. Pero, el que por desgracia ha pasado la vida en obras de iniquidad, en perjuicio del alma propia y de sus hermanos, ó trató duramente y sin misericordia á los infelices y desgraciados, aunque ocultase su crueldad bajo el velo de aparente religion; ¿qué refrigerio y esperanza podrá encontrar en aquel terrible instante?

Siempre fué, pues, piadosa, modesta y benéfica la vida de Joaquin y Ana, ántes de que ésta diese á luz la más hermosa flor de entre las criaturas humanas, es decir, la Virgen María. De cuyas tradiciones orientales están llenas las leyendas, las historias, y, por último, las fábulas, y señaladamente las de los Árabes, quienes, sin que supiesen su origen y causa, y no obstante estar envueltos en mil supersticiones, conservan suave y profunda veneración hácia estos dos santos esposos, padres de la Madre de Dios (2). Perfección y espejo de vida, capaz de cubrirnos de vergüenza, por ser nosotros su negación; y el mundo mismo nos lo hace comprender, riéndose de la presunción con que nos llamamos cristianos; al paso que aquéllos fueron y serán, hasta el fin de los siglos, amor de la tierra y delicia del Paraíso. Y Dios quiso recompensarles soberanamente, acá abajo mismo, poniéndoles como á fundamento de la obra más grande que había de salir de sus manos, ó sea, la Redención, que debía tener lugar, mediante el Verbo hecho carne en las entrañas de su hija María:

(1) D'Herbelot: *Bibli. Orient.*

(2) *IBID. idem.*

«¡Dichoso Joaquin! exclama el Damasceno; ¿de quién vino este fruto immaculado? ¡Oh afortunada Ana, en cuyo seno se formó, poco á poco, esta prole santísima y celestial! ¡Dos y tres veces bienaventurados, los que merecisteis darnos una flor, de la cual nació despues el dulcísimo fruto Jesucristo (1)!»

¡Oh Dios de bondad y de amor! cuán bella y consoladora, diré más, cuán llena de delicias es la vida de tus Santos! Sin duda han ellos de marchar por el camino de las humillaciones, de los padecimientos y de las pruebas, á fin de enmendarse de sus fragilidades é imperfecciones, y animarse para la conquista de la gloria celestial; pero, ¡dichosos ellos! los únicos que supieron vivir en la gracia de tu misericordia. ¡Oh! venid, desgraciados, que temblais al sólo nombre de virtud, como si de ella no brotasen más que amargas tribulaciones y espinas; venid á ver en los dos bienaventurados consortes Joaquin y Ana, cuán suave es la ley del Señor (2), y su bondad fecunda de verdaderas dulzuras para aquellos que la temen (3)! ¿Y por qué no nos proponemos nosotros hacer tambien la prueba, confiados en aquella divina palabra: «Venid á mí, todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré; porque suave es mi yugo y ligero el peso mio (4)?» ¡Oh Joaquin y Ana! referidnos las castas y dulces delicias de la virtud y de la santidad, vosotros, que gustasteis en ellas y por ellas aquella calma inefable del alma, que afirmando y fortaleciendo los piadosos pensamientos, hace, como quien dice, del todo divinos nuestros afectos en Aquel, que se compadeció en criarnos en el amor, y hacernos capaces de amar! Y nosotros ¡oh Dios de amor! queremos, finalmente, romper las cadenas que nos mantienen esclavos á la vida de esta miserable tierra, y volar hácia el elevado camino de la perfeccion que recorrieron los Santos. Hermosísima es la sonrisa que brilla en sus lábios; rayo de santa alegría con que inundan los cora ones. ¡Adios, mundo engañosor, que prometes felicidades y sólo das desesperacion! Y Tú, ¡oh María, hermosa hija del Amor eterno! muéstranos tu rostro inefable de Paraiso; ven á confirmarnos en el propósito de la santidad, que juramos al pié de este altar tuyo. Con tal que nos sea lícito dirigir y fijar la mirada en Ti, venceremos las seducciones del mundo, los estímulos de la carne, y las asechanzas del Infierno; y como divinizados, nos elevaremos hácia el Cielo en alas de altísima contemplacion. ¡Oh amor! ¡oh belleza!

(1) *Orat. II. de Nativ. B. Mariae, prope finem.*

(2) *PSALM. XXXIII, 8.*

(3) *IDEM. LXXII, 1.*

(4) *MATTH. XI, 28.*

¡oh perfecciones infinitas de nuestro Dios! sí; de aquí en adelante, Tú serás nuestro único pensamiento y la única delicia de nuestro corazon. Y tu ley ¡Señor! sea noche y dia nuestra meditacion (1); y tu gloria, nuestro suspiro; para que, bendecidos por Ti en este valle de aflicciones, podamos, en compañía de los Ángeles, cantarte un dia, el eterno hosanna en la bienaventurada pátria celestial. Así SEA.

DIA CUARTO.

LA NATIVIDAD.

Gaudeat pater tuus, et mater tua, et exultet quae genuit te.

Tengan gozo tu padre y tu madre, y salte de placer la que te parió.

(*PROV. XXIII, 25.*)

Bien sabeis, amados hermanos, aquella funesta máxima que pretende, que la virtud (3) es un nombre vano; dado que siendo ésta infortunada, las más de las veces, y viviendo como extraña en la tierra, no puede esperar otra recompensa que la del Cielo. Desconsoladora doctrina, en verdad, por ser una negacion de la doctrina verdadera, segun la cual el hombre, aún con el solo recto uso de la razon, de la cual Dios le ha dotado, puede comprender, y sin duda comprende, si quiere, que la virtud es la única realidad con que podemos contar acá abajo, para arrostrar con intrepidez los males de la vida presente, toda vez que ella se ostenta siempre ante nuestros ojos como una cosa divina é inmortal. ¿Pudiéramos, por ventura, decir nosotros tambien, como los impíos, que toda nuestra existencia principia y termina en un puñado de materia, en términos, que siendo infelices en nuestra peregrinacion terrestre, nada nos resta ya que esperar, precisamente allí donde se halla la verdadera morada de la

(1) *PSALM. LIII, passim.*

(2) *IDEM. XLI, 1 y 2.*

(3) La conocida sentencia de Bruto á Filipo.